

Del Amor

María Alvarez

Montevideo, 1920

Al hablar de amor el hombre siéntese como sugestionado y atraído por algo misterioso y terrible que acecha en la sombra.

Para algunos el amor es ampliamente ridículo y signo infalible de debilidad; otros lo consideran un don divino solo asequible a seres privilegiados; y por último hay quién lo cree una ilusión o lo confunde con la sensualidad, no faltando los que lo miran como una enfermedad.

El sentimiento del amor que embellece y dignifica la unión sexual de los seres, es tema fecundísimo. Forma la base principal de las novelas, dramas y poesías. Pero esto que en la teoría es el fundamento de tantos trabajos delicados, es en la práctica alejado con desdeñosa mano, como un obstáculo que hay que derribar; y cuando se le ve aparecer radiante y victorioso, se le hace una guerra implacable, cruel. Lo que es vida y posee la virtualidad de embellecer a cuanto alcanza, es mutilado por el hombre que, esclavo de un utilitarismo desmedido quiere destruir todo lo que estorba a su interés.

Vemos así, que el amor se manifiesta como una aspiración, pero nunca, salvo raras excepciones, como una realidad, a pesar de lo que digan las almas cándidas y soñadoras, que ven las tristezas y miserias de la vida a través de un prisma seductor y vislumbran tesoros de ternura en todas las modalidades de la actividad humana.

Este sentimiento que va progresando paralelamente en el hombre en su lenta pero segura evolución hacia el ser superior, si dejan en la actualidad de aparecer en toda su belleza, no es porque sea un ser divino reservado a seres escogidos o una ilusión, sino porque sus intereses están en pugna con los intereses de la sociedad burguesa.

En una sociedad donde las mas preciosas energías se invierten en la lucha por conquistas de orden únicamente material, olvidándose la educación del espíritu que eleva a las amplias esferas donde mora la belleza incomparable del ideal soñado y del pensamiento que brota alado de la razón serena, es imposible el desarrollo del amor, que por su relación psíquica con el individuo solo puede manifestarse en aquellos seres que han adquirido cierto dominio en el terreno moral e intelectual.

Como el sentimiento del amor evoluciona con el hombre a medida que este conquista su personalidad y se liberta, se capacita también para hacer la elección sexual, no sólo desde el punto de vista de la estética exterior, sino de la estética de los sentimientos de las ideas.

Pero en la actualidad el cultivo del espíritu es cuestión secundaria.

El obrero que forma la inmensa mayoría de los pueblos frente al difícil problema de la alimentación, carece de tiempo para pensar en el amor, y su elección es la mayor parte de las veces debida al azar o la casualidad, no a una minuciosa y delicada observación.

En las clases ricas solo se piensa en amontonar dinero y dominar; para ellas el amor es la solución de un problema de interés, si el resultado que se obtendrá con él es negativo se le proscribe declarándole la guerra.

¿Puede entonces el amor desarrollarse en una sociedad donde el hombre vive esclavo del problema económico? No, porque el amor para vivir necesita libertad, reposo, horas de dulce abandono dedicadas al objeto que los ensueños amorosos provoca.

Además el amor puede ser una realidad en la unión de dos seres, cuando la elección la verifica solamente uno de ellos. La mujer por un falso concepto del pudor, debe ocultar como algo vergonzoso su amoroso anhelo sin poder manifestarlo a aquel que se le ha inspirado, so pena de ser maltratada y despreciada.

Por otra parte, en la unión actual de dos seres, o sea el matrimonio, no hay igualdad de derechos y condiciones. Los derechos del hombre se levantan deprimiendo la libertad de la mujer. Aquél manda, ésta obedece. Entre el amo y el esclavo no puede haber otra cosa que despotismo más o menos suave de parte de uno y obediencia pasiva y resignación de parte del otro; nunca amor porque el corazón es águila; gusta de la libertad.

Solo los hombres que han conseguido libertarse de las mezquinas preocupaciones actuales, elevándose por sobre el nivel de las mayorías, son aptos para amar.

Elevando el nivel moral e intelectual de los hombres se hace franco para el camino del amor.

El amor libre

Isolina Bórquez

Antofagasta, 1915

Cuando los seres desembarazados de los prejuicios y lazos convencionales evolucionen según la impulsión de su organismo, no habrá por qué ocultar los sentimientos.

La unión libre, no será el innoble comercio actual, en que jóvenes donosos y robustos, se desposan con viejas coquetonas y hermosas o jóvenes mujeres, con viejos feos y agotados, sólo por el interés del dinero. Los padres de corazón frío y apagados sentimientos, no tendrán derecho ni podrán inmolar sus hijos a la avaricia, ni a estúpidos prejuicios.

Con la unión libre, se encontrará la mujer en las mismas condiciones del hombre y será tratada por este, como una parte integrante de la reproducción de la especie, y si la vida en compañía se le hace insoportable, por una u otra causa, nada le será más fácil que recuperar su libertad.

El amor libre sintetiza toda la libertad, el respeto humano y la felicidad eterna.

En todas las épocas el sentimiento humano, más intenso que los prejuicios, ha hecho surgir legiones de esos enamorados partidistas del amor libre, por que la razón y la dignidad están de su parte, conservando la pureza de sus afectos y renovando su amor.

Nada más falso que la acusación que hacen los partidarios del amor legal: «Quieren convertir la sociedad en un inmenso

Mi concepto de amor

Juana Rouco Buela
Necochea, 1923

lupanar» dicen, sin tener en cuenta que nada diferirá más de esta actual sociedad, con sus inmundas madrigueras, en la que unos cuantos explotadores por algunos sucios billetes obligan a unas desgraciadas a prodigar caricias, que la sociedad futura con el amor libre sincero y desinteresado.

La especie humana bestializada por la ignorancia, atrofiada por la miseria y el vicio y debilitada por el industrialismo, se regenerará moral y físicamente, determinando las uniones por libre elección.

La supresión de los lazos convencionales permitirá con toda libertad, lo que hoy se ejecuta con la mayor hipocresía, sin que esto conduzca a orgías o desenfrenos.

Es evidente que en los primeros años que sigan a la revolución, reinará algún desorden en las ideas y costumbres, pero el tiempo se encargará de educar a las generaciones, las agitaciones se calmarán y los excesos desaparecerán poco a poco.

La alta democracia y la civilización conceptúan y siguen conceptuando que el amor ha de regirse de acuerdo con el tic-tac de la ley o de acuerdo con el tic-tac del código.

Gran error, error que vive únicamente para dar fe al mercantilismo del amor, y de la corrupción más refinada que actualmente se manifiesta en la juventud de ambos sexos.

Crear, tener la convicción que el amor ha de regirse de acuerdo con la ley y el código, es la histórica y rutinaria aberración que ha tenido, tiene y sigue teniendo el Estado y la Iglesia.

El amor nace de la natural afinidad de dos seres que se aman. El amor si, ha sido y será siempre libre. Dos seres que se aman libertariamente, desprejuiciadamente, exentos en absoluto de la moderna máscara de la hipocresía y de la conveniencia, no necesitan recurrir a la ley ni mucho menos a un código para sellar esa grandiosa palabra que tantas veces ha brotado a flor de dos labios que se aman junto al cálido éxtasis de sus besos. Este es el amor libertario que conciben las conciencias educadas en los principios básicos del anarquismo.

Este es el amor que conciben exentos de viejas rutinas y de falsos cánones, sin pensar ni por asomo –como nuestras conciencias libertarias piensan– que sea necesaria la desaparición del Estado para la libre unión de dos seres que se aman.

¿Quién osará decir que mientras exista la afinidad de dos seres que se unen libremente, no habrá felicidad y alegría?

¿Quién osara decir que dos seres libertariamente unidos no son un ejemplo para los «virtuosamente» unidos con todos los ritos de la ley y que riñen diariamente?

El verdadero amor bien entendido es afinidad y concordia.

Si en dos seres libremente unidos no hay afinidad, menos puede haber amor. Puede haber si, un amor momentáneo, ficticio, que es el placer de la carne.

Los que antes se unirse a otro ser, miran su posición social, mercantilizan el amor.

Mientras mi pluma rasga el rústico papel, me zumban en los oídos estos pensamientos de una amiga mía: «el amor es el reflejo de la vida íntimamente ligada al ser que se ama» «La falta de una educación elemental y racional para educar a las mujeres hace que el noventa y nueve por ciento de ellas sean esclavas del hombre: arrastran una vida sin ideales, felicidad y alegría» Yo que conozco de cerca la vida de esta querida amiguita, voy a fundar sintéticamente sus dos pensamientos.

Esa querida amiga se unió libremente a un hombre que no era tal: era seductor de oficio; sedujo de tal forma a la entonces inocente y soñadora amiga, que no tardó mucho en satisfacer sus felinos instintos de seductor de oficio, que prostituía en nombre del amor libertario.

¿Por qué lloras estimada amiga?

¿Por qué un insecto morboso se llegó hasta ti y absorbió la virginidad de tu cuerpo de novia idealista y soñadora? Lloro, llora, que el cáliz de tus lágrimas son el lenitivo de tus sufrimientos.

Tu llanto no es de cobardía ni de debilidad.

Te considero fuerte y con carácter.

Pero ahora escucha. Ven, ven no llores más. Apoya en el pecho de tu amiga tu cabecita de novia visionaria, y escucha la palabra de una hermana que comparte tu dolor.

El amor nace del afecto.

Es puro, como el agua cristalina que cae del peñasco más alto de la tierra y va a internarse en el manso arroyuelo que serpentea la selva.

La idea es la expresión más grande del pensamiento humano que a través de la historia viene luchando por la libertad contra la barbarie, la inquisición y el retroceso. La idea es arte, belleza, verdad. Es la madre naturaleza en todas sus manifestaciones, en todas sus revoluciones, en todos sus fenómenos y cataclismos.

Malos son los hombres que propagando un amor sin ritos y cánones, seducen y pervierten con un cinismo que no cualquiera sondea.

¿Por qué son malos los hombres? ¿Acaso el no era inteligente, idealista, emancipado?

Ah cabecita soñadora ¿Acaso tu ignoras quería amiga, que hay quien daña por su ignorancia corruptora -fruto de esta sociedad prostituida- y quien daña con la inteligencia, con idealismo, por el mero placer de dañar, seducir y pervertir?

Ese hombre, perfecto conocedor de tu entusiasmo idealista llegó hasta ti para satisfacer su placer de la carne, robando lo único que le queda a una obrerita como tú, hija del pueblo, del taller y de la fábrica; el corazón. Para los émulos del Tenorio, cínicos y seductores de oficio, el amor no es nada más que la excitación de un órgano y la satisfacción del mismo.

¿Cómo te has de extrañar entonces, amiga querida, que estos cínicos seductores se entreguen a pervertir en nombre de un ideal libertario a quien le entrega su corazón de fémina libre?

Los que únicamente, inteligentemente, hipócritamente, representan la corrupción humana, se hacen filósofos para seducir. ¿Hay que sondear, querida amiga, su perverso instinto de viles fieras humanas!

¿Qué? ¿Te han conmovido mis palabras? ¿Estas llorando de nuevo? Si aún sigues llorando, te diré que eres una mujer cobarde, yergue tu frente y lleva siempre, siempre, en tu corazoncito de mujer idealista, el canto de la vida y el amor, que triunfa y se sobrepone al dolor y a la maldad de las fieras humanas.

Amor

Olga

Iquique, 1924

¿Habrá nada más inseguro que el amor? Yo me río muchísimas veces de los hombres, igual que de las mujeres, que piensan en un amor duradero. El amor es caprichoso como el Cupido que lo simboliza, volátil como las mariposas que variablemente pósanse en las flores, y sin guardar recuerdo de su perfume van al encuentro de otra nueva sensación aromática, de otra nueva flor. Esto es el amor, al cual rinden tan ciego culto los que se suicidan, los que se enferman por una contrariedad amorosa, sin pensar serenamente toda la razón que asiste a la parte que se decidió por el abandono de un amor mentido que le hastiaba.

Muchas veces he pensado en el mal que la sociedad causó a los humanos tejiendo un sinfín de prejuicios en derredor de la sublimidad del amor natural y libre, con esa libertad que caracteriza a todas las emociones del ser humano. Y el amor, como todos los demás sentimientos, está bajo el yugo del mercantilismo y de las costumbres reñidas con sus tendencias. Pero así como el pensamiento burla la opresión gozando de la idea aunque esté reducido en el cavidad mental, también el amor busca el momento de burlar la opresión de los prejuicios imponiéndose en toda su majestad. Cuando el lazo matrimonial lo sujeta, encuentra en el adulterio la satisfacción de su libertad encadenada; cuando la vigilancia paternal le extiende un cerco estrecho él lo ensancha burlando esa

vigilancia e imponiéndose en el sentimiento de los jóvenes que son objeto de ella.

Y así triunfa y se eleva sobre todos los prejuicios de casta, religión y clase; cuando no es de derecho, se impone en el hecho; sino no es a la luz de una lámpara colgante sobre un bendecido lecho conyugal es en el campo a la luz meridiana o en plena oscuridad, que el amor afín y verdadero triunfa y se entrega sin importarle nada la familia ni las costumbres y burlando los juramentos que un día hiciera... ¡jurar! ¿habrá nada más absurdo que jurar en materia de amor?

Nutrición y sexualidad

María Lacerda de Moura

Brasil, 1933

Cuando alguien tiene la osadía de censurarnos a nosotros, los defensores de la libertad integral de la mujer; cuando leo en las páginas moralizantes de los religiosos de cualquier credo, tematizándonos con expresiones deprimentes, hablando de «materialismo grosero», «satisfacción de los instintos inferiores», de «ciertas ideas que sólo sirven para arrastrar a las criaturas humanas hacia la animalidad», de los «hijos de la carne» refiriéndose a los hijos naturales (como si no fuesen naturales), imagino cuánta santidad ponen esos fariseos en sus visitas a las casas de «rendez-vous»¹, a los lupanares o a los burdeles, en donde acostumbran a atrapar la sífilis o la blenorragia para degenerar a la prole a través del martirio ignominioso de la esposa «legítima».

Protesto íntimamente, en nombre de los animales... ¿Conducir hacia la animalidad?

En la cuestión sexual, si obedecemos a las voces animales que prevalecen en nosotros, ciertamente estaríamos dentro de las leyes biológicas.

Observando el instinto sexual de los animales, veremos su moral natural más elevada que la moral sexual de los cristianos civilizados y piadosos.

¹. Prostíbulos

A cada instante ofendemos a los animales, comparando nuestros vicios y nuestras bajezas a la sobriedad y el equilibrio armonioso de los llamados irracionales.

Y vamos más lejos. El hombre vicia a los animales domésticos... ¡Qué perversión!

Entretanto, entre los instintos que nos hacen descender tan abajo de los animales, destacamos la necesidad de nutrición.

El instinto de nutrición está por bajo el instinto sexual, decía A. Neblind. Por lo menos, vive de la explotación...

Por el instinto de nutrición el hombre se degrada hasta el vicio, hasta las aberraciones del abarrotar de las vísceras, cosa que los animales desconocen, por cuanto que se alimentan con sobriedad digna de los mayores filósofos humanos como Cristo, Epicteto o Spinoza.

Desde luego, no hablamos de los animales domesticados y fieles a los hombres... hechos a su imagen y semejanza.

El instinto sexual es creador de vida. El instinto de la nutrición es destructor, racionaba mi amigo.

Por el instinto sexual nace, crece, se desenvuelve el amor en todas sus tonalidades más delicadas, en todas sus múltiples manifestaciones para las altas posibilidades de las grandes realizaciones internas, a través de las vorágines sentimentales de la tragedia de ser dos...

Es por el instinto sexual que se puede realizar el glorioso milagro humano de la selección de la especie.

Es por el instinto sexual que podemos disponer de nosotros mismos y dar el placer integral, en la afinidad electiva con otro individuo, sin perjudicar a quien quiera que sea.

Si alguien sufre porque amamos o somos amados, es porque es inferior, porque no sabe que libertarse de los prejuicios del instinto de propiedad egoísta, perverso, nunca porque le perjudiquemos directa o indirectamente.

El instinto de nutrición vive del esfuerzo de otros, del indelible martirio de la mayoría, de la tragedia de todos, en la luchadantesca por la subsistencia.

Cuando yo como un pedazo de pan, ¡cuántos trabajadores morirán de miseria y de hambre para que yo me alimente!

Más aún: si como carne, ¡que de bajezas, que de perversidad acumulada por la herencia, y cuanto prejuicio fue preciso inventar para disculpar a nuestro instinto sanguinario de caníbales al sacrificar un animal! Y nos alimentamos de cadáveres humeantes, condimentados de odio y de rebeldía.

Pero, cuando dos criaturas se aman y se confunden en un beso de ternura, ningún sacrificio es exigido, ningún ser es explotado, ninguna tragedia humana se verifica.

Y si de ese cariño nace otro ser, es un esfuerzo más, es otra criatura que llega para ayudar, es una unidad más en pro del esfuerzo común.

Es falsa la absurda concepción de la piedad civilizadora, al juzgar severamente el instinto de la necesidad sexual y al analizar superficial y cómodamente el instinto de la nutrición de la especie.

El primero es creador de fuerza, de belleza y armonía. Es el esfuerzo para la unidad... Es la escalera universal. El segundo es la destrucción, es el aniquilamiento, la intoxicación, la absorción del esfuerzo ajeno y el parasitismo, y de él proviene toda la tragedia de la vida humana.



Podría encarar el asunto bajo otro aspecto: «deberes primordiales de la mujer como madre», según la estrecha concepción de los que la proclaman *diosa y reina* —fiel, servil, obediente, domesticada...

Los deberes primordiales de la mujer son los deberes del individuo para consigo mismo: antes de ser esposa y madre, la mujer es criatura humana con derecho al respeto a sí misma, con derecho a la libertad de vivir, en el deber de buscar, para sí, la plenitud de la realización interior.

Y para saber amar, no precisa ser esposa: basta ser mujer.

La esposa es el producto artificial de esa misma legislación que hace de la mujer una cosa, la propiedad privada del hombre. Encima de todo tiene mucha razón Bataille: «... en la vida, el papel de la esposa no precede nunca y sigue siempre el cortejo» Solo por la libertad nos emancipamos. Emanciparse es conocerse. Emanciparse es realizarse. Emanciparse es conocerse. Emanciparse es saltar fuera de las leyes y de los convencionalismos sociales, ser lo más antisocial posible –sin paradoja–, por amor al prójimo.

Soy anacionalista. No reconozco patria ni intereses nacionales, sino cuando estos se confunden con los intereses humanos.

Yo veo a los hombres y a las mujeres bajo el aspecto biocósmico. Y mi sueño de amor y fraternidad busca su origen y se alimenta de la palabra socrática, cuya irradiación viene del Templo de Delfos: «Conócete a ti mismo»; se fortifica en la figura universal del Cristo, que, del desierto de su individualidad, vibra su inmensa llamada: «Ama según su corazón y no según la ley»; y crece el simbolismo rabelesiano, cuya divisa está escrita en la abadía de Theleme: «Haz lo que quieras»; y se desarrolla en toda su plenitud, en toda su infinita bondad, en toda su inconmensurable belleza la sabiduría hanryneriana²: «conócete a ti mismo para aprender a amar».

2. Han Ryner (1861-1938), seudónimo de Jacques Élie Henri Ambroise Ner, filósofo y teórico del anarcoindividualismo.

La alegría

Luz Meza Cienfuegos

Mexico, 1937

Ciertamente, la Humanidad en todas sus actividades ha mostrado su avidez de esclavitud para el esclavizado. En esta tarea ha buscado siempre el modo de que la mujer ame su opresión; de que el miserable ame su hambre y sus andrajos “porque de ellos será el reino de los cielos”.

Tú, mujer, eres muy hermosa siendo sumisa y callada ante la situación infamante que la Humanidad te impone; no hagas rebelión, porque ello destruye tu hermosura, tu heroísmo. No intentes hacer de tu vida, una vida con dignidad, con un alto sentido humano de responsabilidad, de libertad porque ello... ¡ah! Ello, es prostitución; es destruir todas tus virtudes. Debes amar tus sufrimientos; la explotación que se hace de ti, debes amarla, porque ella es la que te da la calidad de víctima y la que te hace adorable.

Estas son las frases venenosas, inmensamente venenosas y perversas con que se te adula, en la forma más absurda y contradictoria. Pero tú que tienes ya una mentalidad, desviada, enfermiza, y que vives admirando tu esclavitud, tragas bien el anzuelo. Y te vuelves sádica para ti misma. Tu placer es el placer morboso del dolor. No aprecias, no sabes que el bien es la alegría; porque no han saboreado nunca la alegría, no sabes que ella significa armonía de tu ser con la naturaleza.

Por tal camino se te impone en una forma de emboscada que te esclavices a la maternidad. Que la maternidad excluye a la mujer de cualquier otra ocupación o actividad que ella quiera desarrollar. No, no debe voltear para ningún lado más que para donde está el hijo. Porque todo lo demás implica desamor, desobligación, desentendimiento, culpabilidad. Primero, se te desposee de toda cultura, de toda orientación, de toda formación de tu carácter, de toda posibilidad para saborear la alegría, el arte, la ciencia o la libertad, según la originalidad de tu espíritu o de tu sentir. Todo lo que has vivido es tan estrecho, tan reducido, y te ha llegado en forma tan impositiva, que realmente, lo que hay en ti, no eres tú ya, sino un atrofiamiento de ti y... todas las invalidaciones, inclusive la maternidad, ha llegado por imposición como a todas las situaciones en que has estado. Así es que esta circunstancia es la que te imposibilita para ser una buena madre; por este camino jamás serás una buena madre. Ésta, que es consecuencia de falta de libertad y de amplitud, se quiere curar con más esclavitud.

¿Para qué sirve a tu hijo tu presencia ininterrumpida, si serás para él una tirana inoportuna, e impartirás conceptos necios y tontos? Más vale la barbarie primitiva, que el atrofiamiento inicuo que se hace de los niños, desde que nacen.

La buena maternidad no tiene relación con las ideas equivocadas que se te imponen; ellas, lo único que hacen es esclavizarte, privarte de otras satisfacciones que pueden ser necesarias para tu espíritu; después de que te han privado de fortalecer tu espíritu, tu mente y tus músculos para ser buena madre; hoy quiere disimularse esta falta a base de nuevos dolores y de nuevas esclavitudes de tu parte.

La mujer no necesita esclavizarse al hijo, es más, no debe; para no atrofiar sus energías, debe mantener la mayor agilidad, la mayor plenitud, cuyos buenos resultados recaigan principalmente en el niño; pero no exclusivamente en él. La mujer madre, también tendrá derecho a ella. A la alegría, una alegría alta de

su espíritu, una sana alegría de su cuerpo, porque ello será el indicio de su perfección. Ella podrá ser amplia y múltiple, según sus necesidades.

Amor libre ¿por qué lo queremos?

Carmen Lareva

Buenos Aires, 1896

Creen, los ignorantes y dicen los mal intencionados que la idea anárquica está en pugna con todo lo bueno, lo bello, con el arte, las ciencias y sobre todo, con el hogar.

En efecto, muy repetidas veces hemos tenido ocasión de oír de los labios de algunas obreras lo siguiente: oh, buena esta vuestra idea anárquica ¡vosotras queréis que todas las mujeres de esposas, hijas, madres y hermanas nos convirtamos en mancebas, juguetes viles de las desenfrenadas pasiones del hombre!

A las que tal dicen y creen nos dirigimos.

Veamos.

Nosotras creemos que en la actual sociedad nada ni nadie es más desgraciada en su condición que la infeliz mujer. Apenas llegadas a la pubertad, somos blanco de las miradas lúbricas y cínicamente sensuales de sexo fuerte. Ya sea este de la clase explotadora o explotada. Más tarde, ya «mujeres», caemos las más de las veces, víctimas del engaño en el lodazal de las impurezas, o en el desprecio y escarnio de la sociedad, que no ve en nuestra caída nada, amor, ideal, nada absolutamente, más que la «falta».

Si realizamos lo que algunas creen su dicha, esto es el matrimonio, entonces nuestra condición es peor, mil veces peor. La falta de trabajo en el «marido», lo escaso de la remuneración, las enfermedades, etc., hacen que lo que en otra circunstancia sería el

colmo de la dicha, sea en nuestra condición una grave y terrible carga, para los «esposos». En efecto nada tan bello, tan poético, tierno, agradable y simpático como un niño, un hijo ¡he ahí el colmo de la felicidad del matrimonio!; pero ¡ay del pobre! Ay del hogar en donde se cierne la miseria y en donde hay un pequeño ser que necesite nuestros cuidados, nuestras caricias y atenciones, ¡ay de aquel hogar! No tardará en producirse en él, mil riñas y disgustos sin cuento. ¿sabéis por qué? Aquel nuevo ser necesita mil cuidados que impiden a la joven madre ayudar a su compañero a soportar los gastos del hogar, que por otra parte, aumentan considerablemente en tanto que las entradas disminuyen, de ahí que, lo que debiera ser anhelo y dicha del hogar, sea considerado como una carga, un estorbo y un motivo de disgustos y miserias que con todo cuidado conviene evitar, con el onanismo conyugal, los fraudes y aberraciones en el coito, con todo su sequito de asquerosas enfermedades, de ahí las mil y mil asquerosas y repugnantes prácticas que convierten el tálamo nupcial en pilón de asquerosas obscenidades, de ahí el hastío, el aburrimiento, las enfermedades y la tan decantada «falta» contra el «honor» ¡El adulterio!

Suprimida la causa muere el efecto, suprimida la miseria, desaparecen tales asquerosidades, y el hogar, lejos de ser lo que hoy es, sería un paraíso de goces y delicias.

¡Cuántas confidencias hemos recibido de nuestras amigas víctimas espiatorias de tales actos! ¿Y qué? Nos respondía el compañero cuando en cara le echábamos tales actos ¿No saben ustedes cuantos gastos ocasiona un hijo? Partera, médico, medicamentos, dieta, cuidados y luego lactancia ¿Cómo haría yo que, hoy que trabajamos los dos, apenas nos es dado vivir, como haría entonces, cuando los gastos aumentasen y las entradas disminuyesen? ¡Déjenme de chicos, al diablo con ellos!

¿Qué tal? Queridas compañeras ¿es esto amor, hogar, cariño? ¡Asco da el pensar que por tal tenga que pasar una mujer y no obstante es tan cierto!

Ahora bien, nosotras al proclamar el amor libre, la libre unión de los sexos, creemos firmemente que con ello desaparecen todas

estas repugnancias. Unidos libremente y no teniendo nada que temer, pues tendríamos asegurado el sustento para los seres que fruto del amor, produjera la unión de aquellos que en alas de sus amores, fundían dos seres en uno, naturalmente que serían felices y libres los dos compañeros de sus acciones respectivas, no tendrían que temer nada uno del otro.

Se nos ha dicho, que si el amor, la unión, etc., fueran libres como deseamos, el hombre cambiaría continuamente de mujer y la mujer de compañero, que no teniendo nada que temer de la sociedad ni de la ley, no serían fieles el uno al otro, mientras que hoy, ya sea porque la ley castiga a la adúltera o adúltero, o bien por temor a la crítica social, los esposos se soportan mutuamente sus faltas y rarezas.

Nada, queridas compañeras, tan incierto como eso. Tanto en uno como en otro sexo, lo que se busca, no es la satisfacción de un apetito más o menos carnal, no, lo que se busca es la felicidad, la dicha, la tranquila y honesta, y todo ser, medianamente educado busca la procreación y la realidad de su ilusión, de su ensueño; si hoy la sociedad es tan material, tan cínicamente egoísta, se debe a que, siendo el capital el agente con el cual se compran u obtienen todos los goces y necesidades, de ahí que todos pongan más o menos empeño en adquirirlo.

Por otra parte, nosotros «la escoria», como nos llaman, de la sociedad, viviendo como vivimos desde nuestra temprana edad, sujetas al trabajo que en la forma que hoy se práctica, no solo es degradante y martirizador, sino que es embrutecedor, también naturalmente que no poseemos esa educación que los burgueses en su afán de monopolizarlo todo, monopolizaron también, y por consiguiente no conocemos esos mil goces que a cual más elevado proporciona esta; tales son la pintura, la música, la poesía, la escultura, etc., y siendo esto así, es indudable que somos en todos los actos de nuestra miserable vida, mucho más materialistas de lo que debiéramos y que seríamos estando educados, no como hoy se educa a la burguesía, sino mucho mejor aún. El arte eleva al sentimiento, y no poseyendo este, ni siquiera en su

mínima expresión, claro está que no podemos elevarnos hasta él.

No siendo libre la educación y no pudiendo disponer de tiempo suficiente para adquirirla ¿Cómo vamos a ser educadas? ¿Quién ignora que desde nuestra más temprana edad, el taller nos traga y martiriza? En el no es donde nos podemos educar, muy al contrario, allí hay de todo, de todo, menos eso... ¡y cien y cien veces nos hemos visto víctimas de la lubricidad burguesa, las miserias obreras; bajar rápidamente en horribles tumbos y caer despeñada al abismo del vicio, que cada vez más hambriento e insaciable las tragaba, cubriéndola de cieno y lágrimas que, niñas casi... que apresuraban por sí mismas su caída para con ella librarse de la rechifla y escarnio de sus mismos verdugos!

En esta sociedad, todo eso es natural, dado el grado de ignorancia en que nos encontramos, coged a un hambriento y ofrecedle un trozo de pan, por negro que este sea y al mismo tiempo una guzla, una pintura o un poema, aunque esta sea una inmortal creación de Shakespeare o Lord Byron ¿Qué cogería primero? ¡el pan! Y no el libro o guzla, claro está, el espíritu necesita, para que este tenga como manifestarse, materia, y primero y más apremiantes son las necesidades de esta última que las del primero.

Indudablemente es, pues, que en una sociedad cuyos miembros o componentes fuesen educados en grado más o menos perfectos, estos podrían unirse libremente y sin temor de ser por esto menos felices que con la bendición de un tercero.

La ley, la sociedad, en su afán de gobernarlo todo, nos obliga a que concurramos a rendirle ciego homenaje en tal acto. Nosotras no necesitamos tales bendiciones ni ceremonias, y eso es tal como si tomáramos dos perros que anduvieran a brincos en la calle y les dijéramos al mismo tiempo que nos uníamos uno al otro: «sed felices yo os lo permito», tan caso harían como si dijésemos lo contrario.

En buena hora, que los burgueses que deben a su muerte, legar el producto de sus robos a sus hijos, en buena hora, que ellos vayan a tal o cual parte, pues de no hacer tal, la ley no reconocería

a sus hijos herederos. Eso es cuestión de negocio, y eso para ellos está ante todo.

Pero en una sociedad donde no habrá tales «negocios», no es preciso tal pavada. El casamiento como se dice hoy, o más bien la ceremonia de la bendición, no significa más que la conformidad de la sociedad para tal acto, así pues, si otra sociedad aceptara como costumbre la libre unión de los sexos claro es, que ella quedará conforme con tal práctica y asunto concluido. Muchas y muchos no dejarían de unirse libremente si no temiesen la crítica de los demás y solo esto los detiene; dejemos pues hacer y hagamos lo que con nuestro gusto esté y queramos hacer sin perjudicar a nadie.

En cuanto a que el temor al castigo impida la infidelidad conyugal, no creemos que este sofisma valga siquiera el trabajo de combatirlo. Cualquiera reconoce que esta es una «falta» que puede, de mil veces, novecientos noventa y nueve ponerse en práctica sin que la autoridad, la ley, etc., se den cuenta, además creemos que la persona que por temor al castigo permanezca «fiel» a un compromiso que pudo contraer engañada, o por otra causa, obligada a ello, es como si fuese «infiel», a parte de que valdría más que lo fuese, es decir, que se marchase, puesto que si quiere a otro u otra, es claro que será porque no quiere a la persona con quien la sociedad lo obliga a compartir el pan y el lecho, lo cual si no es prostitución, poco, muy poco dista de ella, pues para hacer tal, es preciso que mienta amor a quien solamente odia, que engañe y que sea hipócrita, que se dé, en fin, a aquel o aquella a quien detesta. Siendo esto así, natural es que no tardarán en producirse en el hogar, desavenencias, disgustos y mil otras cosas y casos que amarguen la existencia de ambos compañeros.

Si estos fuesen libres de sus actos, no sucederá tal y por el contrario, si poseyesen el grado de cultura que en nuestra sociedad futura habrá.

Para el próximo número hablaré del divorcio como hoy se practica, advirtiéndole a las compañeras y compañeros que siendo este periódico comunista-anárquico, está a disposición de todos,

y pide a todos, ayuden con lo que puedan y quieran, ya sea intelectual o materialmente, y cuantos más sean los esfuerzos que por el se hagan, más veces se publicará.

Siendo nosotras mujeres, indudablemente no contamos con tanto conocimiento entre los compañeros como deseáramos, teniendo en cuenta esto pedimos: *De cada uno según sus fuerzas.*

¡Viva la anarquía! ¡Viva la revolución social! ¡Viva la libre iniciativa! ¡Viva al amor libre!

El matrimonio legal esclaviza a la mujer

Lutecia Gorky

Valparaíso, 1926

La ignorancia es el mayor de los males que sufre la humanidad.

Por ignorancia, el pueblo sufre resignadamente la explotación inicua del capitalismo y la expoliación y la tiranía de los gobiernos.

Porque por su propia ignorancia el pueblo sufre hambres miserias, estrecheces, dolores cruentos, tragedias inenarrables, dramas sangrientos.

Por la ignorancia, la vida, esa vida que debiera ser plena para todos, una eterna primavera, una interminable cadena de alegría y de goces de todos los seres, un ritmo armonioso de notas dulces y encantadoras, donde el amor cantara sus bellas canciones con la misma delicadeza y elegancia que lo hacen las flores y los pajaritos, donde el apoyo mutuo precediera todos los actos humanos con la misma espontaneidad, desinterés y placer que lo practican las especies animales llamadas inferiores; esa vida, repito, que debiera ser una perpetua floración de felicidad, es al contrario, una sombra hórrida, pavorosa, inquietante, terrífica. Es un valle de lágrimas. Un mar de dolores. Una angustia infinita.

Si por ignorancia el proletariado vive uncido a la explotación de los detentadores de la riqueza social y bajo la férula despótica del Estado, la mujer es doblemente esclavizada. Esclava del régimen que todos sufrimos y esclava también del hombre esclavizado.

La legislación no nos toma en cuenta, —mejor así— y cuando lo hace nos trata como seres inferiores.

¿Cuál es la razón que hay para que se trate con tanto desprecio a la mujer, para que se le conceptúe tan bajamente, para que se le humille tanto?

Yo atribuyo este vilipendio a que nos tienen sometidas, a la indolencia y despreocupación de la misma mujer, a la falta de entereza moral, a la carencia de cabecitas que piensen, que se agiten, que participen en las luchas sociales en favor de la liberación humana.

Porque la mujer vive silenciosamente, insensibilizada, sin sentimientos en el corazón que la conmuevan, sin inquietud en el espíritu que la hagan rebelarse contra todos, sin ideales de justicia en el cerebro que la eleven, es que se le trata indignamente y, por ende, la situación denigrante en que vive: esclava del régimen y esclava del esclavo.



¡Casarse! He aquí la aspiración de toda mujer.

Pero ¿han reflexionado las mujeres lo que entraña para ellas el casamiento legalizado por las leyes? Casi me atrevo a afirmar que ninguna mujer se detiene a pensar en ese acto tan transcendental para su vida futura.

Y sin embargo, el matrimonio legal es el que convierte a la mujer en propiedad del hombre, es el que la encadena, aprisiona y esclaviza hasta después de la muerte de uno de los conyugues.

Cuando la mujer se casa, la ley le dice: «Debes obediencia a tu marido». Desde ese momento la mujer está obligada a obedecer, a servir y a soportar a su marido, aun cuando este sea un alcohólico, un degenerado, un jugador, un ente despreciable y repudiable.

El matrimonio legal despoja a la mujer de sus derechos, de su libertad, de su personalidad y la hace esclava del marido. Deja de

pertenecerse a sí misma, de mantenerse independiente. De mujer pasa a ser un objeto, un útil cualquiera, un instrumento de placer o de escarnio.

El marido puede befarla, abofetearla, barrer la pieza con ella, y ella está obligada a soportarlo todo resignadamente, porque la ley le ordena monstruosamente, esta sentencia: «Debes obediencia a tu marido».

El contrato matrimonial anula por completo a la mujer. Cuando acepta los oficios de la ley, acepta voluntariamente esa marca infamante de esclavitud que llevan a todas las mujeres casadas, significada en ese «de» Fulano de Tal, lo que equivale a decir, es propiedad de tal hombre; por eso, desde su casamiento, une a su nombre y a su apelativo paterno el «de» Fulano de Tal.

Cuando la ley interviene en el amor lo desnaturaliza y lo perverte, lo envilece y lo prostituye, por que la ley es ridícula, abominable, monstruosa e inmoral y contraria a la naturaleza.

El amor no puede ser ni debe ser codificado, legalizado con prácticas denigrantes y esclavizadoras, porque el amor debe manifestarse sin trabas, sin cortapisas, como expresión libre de los seres que se aman.

Cuando la ley interviene en el matrimonio sanciona y legaliza una esclavitud, porque el amor no es eterno, no puede serlo.

Las parejas deben vivir unidas mientras se mantenga latente en ambos el afecto y el cariño. Cuando en uno o en ambos a la vez desaparece el factor que los unió, deben separarse, porque continuar unidos sin amarse mutuamente, constituye una inmoralidad, un martirio, y es causa a la vez de adulterios y crímenes.

¡Mujer, si amas, no te cases, no te cases nunca; únete libremente al hombre que amas, así como las flores y los pajarillos se arrullan, se aman y se reproducen sin la intervención de la ley, sin el consentimiento de nadie!

¡Mujer, si quieres conservarte íntegra, si quieres permanecer siempre mujer, no te cases, no te cases nunca! Cuando el amor inflame tu corazón y tu cuerpo arda en deseos, únete libremente al hombre que amas, porque así no pierdes nada, no te despojas de

tus derechos, no se anula tu personalidad ni te esclavizas a nadie, conservando tu libertad y tu dominio sobre ti misma.

¡Mujercita! Si alguna vez llegas a amar, como tendrá que suceder, no te cases, no te cases nunca; únete libremente al hombre que amas, porque solo así permanecerás relativamente libre, dueña de ti misma, libre para amar y para ser amada.

El amor libre

Paola Cieollo

Necochea, 1924

La mujer siempre se ha distinguido por su generosidad.

Desatendiéndose de la condición de esclava a que la ha reducido el hombre, ella se ha manifestado en todas las épocas amorosa para con su tirano, tierna y risueña; mitigando sus dolores, haciéndole agradable la vida y colmándolo de caricias en cambio de la opresión que para con ella se usa.

Por eso es que, sin desconocer el derecho que le asiste para tomar participio en la libertad que al hombre le conceden, ha prescindido tácitamente de cuantos derechos les corresponde en la sociedad.

Pero no podemos hacer lo mismo con respecto al amor, porque si renunciáramos las mujeres a ese derecho, sería tanto como renegar de nuestra naturaleza, sería despojarnos de nuestra condición peculiar; sería anonadarnos, nulificarnos por completo, matar nuestro corazón, apagar la llama que nos anima y que arde constantemente en nuestro pecho, sería desviarnos de nuestro objeto en la vida, torcer el camino que tenemos que seguir forzosamente desde que venimos al mundo, sería, en una palabra, abdicar de nuestro título de mujeres!

Si, porque el amor es complemento del sexo, o más bien dicho, la esencia de la vida, a la cual, como parte de la naturaleza, tiene que ser libre.

Pero ¡ah! En esto es precisamente en lo que el hombre tiene más empeño en negar a la mujer; esto es lo que especialmente se muestra más intransigente y en lo que él comete más abusos...

Veámosle, si el hombre es soltero, coteja libremente, y hasta haciendo alarde de ello, a cuantas mujeres puede. Si es casado, usa en algunos casos cierta simulada reserva, pero no por eso deja de observar la misma conducta. Y en todas las ocasiones prohíbe a la mujer, ya sea soltera o casada, no sólo a exponer, sino a recibir con la misma libertad que él usa, los galanteos de sus simpatizantes; aunque esos galanteos sean simplemente platónicos.

Si una joven es soltera y acoge con alguna deferencia los cumplidos que le dirigen sus enamorados, al punto la llaman coqueta.

Si casada, la mujer que no se muestra insensible a los ruegos de su amartelado amante, la cubren con los dicterios de infiel y la llaman liviana, o en lenguaje más expresivo, prostituta.

Y todo ¿Por qué? Porque ha hecho uso de los derechos que al hombre le conceden.

Compañeras: Hay que amar libremente, y para que un amor sea libre, tiene que ser desinteresado y sincero; es decir, que cuando se ame hay que manifestarlo prescindiendo de todo matrimonio que es esclavitud e interés de dinero y posición, así como de la sociedad estúpida, en la persona de los padres, hermanos, sacerdotes y jueces; lo mismo que de la vanidad e hipocresías, todo para cubrir el que dirán.

Tenemos que prescindir de toda clase de perifollos y ganar el corazón del hombre por nuestra inteligencia cultivada y por nuestro corazón moral.

Y finalmente, unirnos solamente para complementarnos, ayudarnos e intensificarnos, prestándonos la ayuda mutua, íntima y social, alegrándonos la existencia; que en cuanto el amor se extinga por la falta de cuidados de alguno, con el mismo gusto con que efectuaron la unión sexual, separarse como amigos libres cada quien de su cuerpo.

El amor y la sociedad

Nastia Hasman

Santiago, 1931

El aspecto del problema sexual, dentro de los estrechos límites de la actual organización burguesa-capitalista, descansa sobre una ética artificial y antojadiza.

Compañeras, vuestro es el futuro de la sociedad; en vuestras manos está su mejoramiento, y por ende, su progreso futuro; y el futuro no se elabora mañana, urge comenzarlo hoy, y construirlo minuto a minuto. Es preciso que os preparéis a encarar seriamente este complejo problema y que rompáis las ataduras actuales, y vayáis al amor libre, guiadas por la mutua atracción, con el afán de colaborar en la obra de renovación humana en que estamos todas empeñadas.

El conocimiento de los diversos métodos anticoncepcionales os permitirán procrear cuando lo creáis conveniente, asegurando así a nuestros hijo el máximo de garantías y garantizando así su calidad.

Ahora mujeres, vosotras sabéis lo que se ha hablado sobre el espectáculo infernal de los manicomios, y de los hospitales poblados de carne enferma, alcohólica, tuberculosa, sifilítica; de las cárceles repletas de irresponsables, que soportan la horrible carga de la herencia paterna; el de los individuos sub-normales, que siguen procreando y alargando así la triste cadena de desgraciados. Tanto se ha hablado y tanto habéis visto que creo inútil insistir sobre este punto.

Pensad, mujeres de la hora presente, que cada uno de esos hijos que aceptáis así, buenamente, sin limitaciones, será mañana un esclavo más, lleno de dolores; un pedazo más de carne humana que servirá de blanco a los cañones, cuando intereses mezquinos pongan frente a frente a pueblos hermanos.

Pensad que vuestras hijas irán a engrosar el ejército de carne de placer que irá a satisfacer la concupiscencia del burgués, mirad todo esto, mujeres y limitad vuestra prole; no os digo con esto que renunciéis a vuestra vida sexual, en absoluto, limitación no es abstinencia.

Exigid a vuestro compañero el conocimiento de los métodos anticoncepcionales, buscadlos vosotras mismas.

Camaradas, no es cantidad lo que la organización nueva os pide, fijadlo bien en vosotras, es calidad.